

OLAYA SANFUENTES

DEVELANDO EL NUEVO MUNDO

Imágenes de un proceso



EDICIONES UC

I. EL MUNDO EUROPEO HACIA EL SIGLO XV

Las imágenes que el europeo se forjó de América en el siglo XVI son herederas de otras, fruto de siglos de convivencia con culturas diferentes; son la consagración de sueños forjados durante decenas de años y de ideas preconcebidas respecto al Oriente, a lo lejano y a lo exótico. Esto nos sugiere comenzar este libro analizando aquellos aspectos de la Europa del siglo XV que nos ayuden a conformar la actitud europea frente al mundo a finales de la Edad Media. Como fenómeno histórico para insertar nuestra pregunta, hemos elegido el viaje¹⁴. El viaje medieval nos permitirá describir aquella disposición cultural del europeo hacia lo diferente.

¹⁴ La historiografía contemporánea ha puesto al tema del viaje en un lugar protagónico como escenario cultural propicio para indagar en ciertos aspectos históricos. La literatura de viaje nos provee de mucha información directa y las connotaciones y características del viaje como fenómeno, nos hablan de formas de conocimiento y de su registro en cada época. Para bibliografía de literatura de viajes, consultar los siguientes títulos: Pratt, Mary Louise, *Ojos Imperiales: literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, 1997; Salvatore, Ricardo (compilador), *Culturas Imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Beatriz Viterbo, Editora, Argentina, 2005; Monteleone, Jorge, *El relato de viaje: de Sarmiento a Umberto Eco*, Buenos Aires, 1999; Escobar, Tatiana, *Sin Domicilio Fijo. Sobre viajes, viajeros y sus libros*, Paidós, 2002; Carvajal, Julio E., *La cara oculta del viajero*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1992; Cicerchia, Ricardo, *Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional*, Editorial Troquel, Buenos Aires, 2005; García Castañeda, Salvador (coordinador), *Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Editorial Castalia, Madrid, 1999; De Botton, Alain, *El Arte de Viajar*, Editorial Taurus, Madrid, 2002; Chatwin, Bruce, *La nostalgia del espacio*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 2002; Said, Edward, *Orientalismo*, Madrid, 2002; Swift, Jonathan, *Los Viajes de Gulliver*, Alianza Editorial, Madrid, 1996; Goethe, Johann W., *Viaje a Italia*, Ediciones B, Barcelona, 2000; Paul Fussel, *Abroad. British Literary Traveling between War*, Oxford University Press, 1980; Edith Wharton, *Cuaderno de Viajes*, Edición de Teresa Gómez Reus, Mondadori, 2001; Calvino, Italo, *Las Ciudades Invisibles*, Editorial Siruela, Madrid, 1990; Conrad, Joseph, *El Corazón de las Tinieblas*, Barcelona, Lumen, 1974.

1. EL VIAJE EN LA EDAD MEDIA

a. El viaje y la búsqueda de las maravillas

El hombre viaja. Ya sea por la necesidad de desplazarse en busca de lugares que ofrecen mejores posibilidades o por la mera curiosidad de conocer otras zonas y ampliar el universo de su cotidianidad, el hombre se mueve de su hábitat y busca las emociones nuevas que produce el encontrarse con lugares y gentes diferentes a las propias. Conociendo otra naturaleza y costumbres, el ser humano admira lo ajeno y valora lo propio, realizando un doble ejercicio que resulta fascinante en la historia de las civilizaciones. Cuando se sale de lo propio y se conoce algo diferente, se experimentan cambios interiores que llevan a replantearse lo que hasta entonces era habitual. A veces confirmamos lo nuestro y otras queremos cambiarlo. Pero después de un viaje, nunca se es el mismo.

Antes de emprenderlo existe la expectativa de la felicidad. El permanente inconformismo con lo propio mueve al hombre a buscar más felicidad en otros territorios, lo que constituye al viaje como una actividad predilecta en la dinámica de la búsqueda de ese mejor estado.

Asimismo, el viaje es un fenómeno que colabora en la formación de las identidades, tanto la propia como la ajena. Los viajeros dejan registro de sus impresiones y éstas son tomadas en cuenta por los representados. Sabemos quiénes somos por la imagen que tenemos de nosotros mismos, pero también a través de los ojos del extranjero. Por otra parte, nos definimos en oposición a otros, cada vez que miramos hacia afuera y nos constituimos como aquello que el otro no es. El salvaje es descrito desde el punto de vista del que se considera civilizado y el monstruo desde una supuesta normalidad.

A pesar de estas características antropológicas del viaje como experiencia universal, es también un fenómeno histórico y cultural, en la medida que según la época y el lugar, adquiere características particulares. De ahí surgen nuevas nomenclaturas para poder definir aquellas diferencias sutiles o radicales. Exploraciones, viaje de negocios, aventuras, turismo, son algunas de las formas que el viaje puede adquirir.

En la Edad Media el viaje suponía un grado de incertidumbre, tanto en las condiciones o posibilidades de supervivencia, como en la consistencia del lugar de destino.

El viaje medieval es, sustancialmente, un viaje a Oriente. Tanto los que se embarcan hacia las Indias, como los que se quedan en Europa, están ávidos de noticias de tierras orientales desconocidas. Atraen la atención los relatos de mundos lejanos recién descubiertos y los cuentos fantásticos que ocurren en lugares inexistentes. Las historias de viajeros que vuelven de lugares remotos y extraños, causan admiración entre las gentes. Historias de dragones, caballeros y damas rescatadas, así como aventuras para apoderarse de objetos capturados por enemigos, fascinan a toda la población. A esto se suma el interés y curiosidad de historias de razas monstruosas y la descripción de maravillas tales como la Fuente de Juventud, árboles de los que cuelgan corderos, casas enteramente construidas de oro, lugares donde abundan

las piedras preciosas y otras excentricidades. La prueba de este especial interés por los relatos de viaje es la reiteración en copiar los textos e imágenes resultantes de estas experiencias y las consiguientes traducciones en varios idiomas.

La búsqueda de las “maravillas” constituye uno de los más importantes atractivos de la exploración del mundo¹⁵. Las maravillas encontradas son el gran tema de todos los libros de viaje en la Edad Media. Abundan las expresiones “maravillarse” por tal cosa y “debe maravillarse” tal prodigio. El sentido de la expresión se refiere al verbo latino *mirari*, que indica admiración, sorpresa, gusto por lo nuevo, lo extraordinario, que no es necesariamente lo bello. Lo que nosotros entendemos como maravilloso ahora, difiere del significado que el término tenía en la Edad Media. Hoy en día, por maravilloso aludimos a una categoría del espíritu o de la literatura, mientras que la gente de la Edad Media veía en tal nomenclatura un verdadero universo, un conjunto de cosas que asombraban.

Se manifiesta la amplitud de este universo en la clasificación de lo maravilloso medieval que aporta el historiador Jacques Le Goff¹⁶:

- Países y lugares: naturales (montañas, rocas, fuentes, manantiales, árboles, islas); debidos a la acción humana (ciudades, castillos, torres, tumbas). En este punto quedan incluidas maravillas como la isla de Brasil, la Antilla, la isla de San Brandán, la Fuente de Juventud y la tumba de Santiago Apóstol, por nombrar solo algunas.
- Seres humanos y antropomorfos: gigantes, enanos, hadas, hombres y mujeres con particularidades físicas, así como monstruos humanos.
- Animales naturales e imaginarios (grifos, dragones, unicornios y todos los animales del bestiario medieval).
- Seres medio hombre-medio animal (melusinas, sirenas, centauros y grifos).
- Objetos: anillos, copas, cuernos. Entre estos prodigios figurarían el Santo Grial, el arca de Noé y el cuerno del unicornio.

Esta clasificación nos lleva a la inevitable conclusión de la importancia del mundo de lo maravilloso, universo que constituía un aspecto fundamental, tanto de la realidad como de la mente del hombre de la Edad Media europea. Era un campo amplio, “demasiado amplio”¹⁷,

¹⁵ Sobre el tema de las “maravillas” en el mundo medieval: Aznar Vallejo, Eduardo, *Viajes y Descubrimientos en la Edad Media*, Madrid, 1994; Acosta, Vladimir, *Viajeros y Maravillas*, Caracas, 1992; Friedman B., John, *The monstrous Races in Medieval Art and Thought*, 1981; Greenblatt, Stephen, *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, Oxford, 1991; Kappler, Claude, *Monstruos, Demonios y Maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, 1986; Le Goff, Jacques, *Lo Maravilloso y lo Cotidiano en el Occidente Medieval*, Barcelona, 1996; Yarza Luaces, Joaquín, “La fascinación del viaje a Oriente en el arte medieval”, en *Segundo Ciclo de Conferencias sobre Historia del Arte*, Orense, 1988.

¹⁶ Le Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente Medieval*, Barcelona, 1996.

¹⁷ Acosta, V., Op.Cit., Tomo II, pág. 270.

que abarcaba desde objetos y lugares cotidianos, hasta fenómenos insólitos, descripción de ámbitos extraños y remotos, como riquezas fabulosas orientales, infiernos y paraísos.

Una búsqueda y una reinterpretación de esta dimensión maravillosa son los viajes medievales, así como también del conocimiento del mundo, de la verdadera identidad y del ansia de encontrar una verdad superior. Todo lo que se descubre durante la trayectoria ofrece una vía de acceso al saber y una posible alternativa a lo propio y acostumbrado.

Los móviles fantásticos que avivan al viajero no distan de los lectores ávidos de estas historias, que se recogen en la exquisita literatura de viajes medieval.

¿Escapismo? Un poco de eso hay en la actitud medieval de aceptación total entre el público de las historias de viajeros hacia Oriente. La realidad europea es dura, la guerra azota en algunas regiones, mientras las pestes, epidemias y hambrunas asolan en otras. El día a día es arduo y la cotidianidad se torna difícil de sobrellevar en la Europa de finales de la Edad Media. En este contexto, no es extraño que el hombre de entonces quiera amenizar su vida con relatos que excitan su imaginación y lo transportan a tierras lejanas. Las maravillas son fértiles en sensaciones fuertes y ahí radica el placer buscado. Las diferencias con lo propio, con lo que ya es habitual y muchas veces tedioso y poco soportable, es lo que causa la admiración, la maravilla y el deleite. La imaginación se expande y la realidad circundante pierde temporalmente su valor.

Contrario a esta opinión es Joaquín Yarza, quien argumenta, en cambio, que el público que leía las historias y relatos de viajes era un grupo compuesto por nobles que no vivía precisamente la pobreza¹⁸. No obstante esta evidencia, creemos que las historias de hechos maravillosos se filtraban y eran, de diferentes modos, conocidas y gozadas por el resto de la sociedad. Tanto pobres como ricos podían enterarse de las hazañas de héroes, tierras legendarias orientales y seres mitológicos. No era necesario poseer físicamente un libro para enterarse de sus contenidos.

Aunque muchos no habían leído un libro en su vida, algunos habían visto un mapa-mundi. Estos estaban plagados de letreros e ilustrados con iconos de ciudades, reyes, animales y otras figuras que llamaban la atención de la audiencia, fascinada con la posibilidad de mundos diferentes. El mapa hacía las veces de libro para la mayoría analfabeta¹⁹. De esta forma, monstruos marinos, seres extraños y deformes, gigantes, pigmeos, cinocéfalos, amazonas y mil cosas más les entraban por los ojos a los marinos y al pueblo en general. Estos mismos motivos decorativos se podían volver a identificar en las iglesias, castillos y en las fiestas públicas, donde había un verdadero despliegue de una espléndida arquitectura efímera y disfraces que recreaban mundos lejanos.

A esta influencia imponderable y difícil de recoger a través de las fuentes escritas, hay que agregarle la fuerza de la tradición oral en las experiencias del hombre medieval. La doctrina

¹⁸ Yarza, Joaquín. "La fascinación del viaje a Oriente y el arte medieval", Op.Cit., pág. 30.

¹⁹ Gil, Juan, "De los mitos de las Indias...", en Bernard, Carmen (compiladora), *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pág. 286.

cristiana, el catecismo, las oraciones, romances y leyendas se transmitían de boca en boca, de padres a hijos, consolidando una cultura y un imaginario colectivo. En el caso de las noticias sobre Oriente, es muy probable que fábulas e informaciones llegaran a la población a través de la tradición oral. Basta con hacer un ejercicio de la imaginación y pensar cómo habrá sido la vida en los puertos, con gente yendo y viniendo de viajes a lugares donde otros jamás habían ido y relatando sus fabulosas aventuras para fascinar a todos aquellos ávidos de historias casi imposibles. El surcar mares desconocidos y el intercambio con otras culturas resultaba en relatos descritos con los adjetivos del asombro.

El gusto por las historias imaginarias dotadas de peligro y heroísmo considerables, se apreciaba asimismo en la lectura de novelas de caballería. A pesar de que no estuvieron siempre muy recomendadas, no dejaron nunca de leerse durante los últimos años de la Edad Media, situando a sus lectores en escenarios fantásticos y de valientes protagonistas: caballeros de gran coraje que conseguían el amor de su doncella tras vencer obstáculos y enemigos.

El europeo gozaba al escuchar todas estas historias caballerescas y los relatos de viajes que circulaban a través de libros con imágenes y que se leían en voz alta en las ciudades o en el seno de familias u otro tipo de comunidad. Las miniaturas y las imágenes en iglesias contribuían asimismo a la divulgación de elementos de estos viajes al Oriente.

Una característica de la época que se adivina de la lectura de libros de viajes y la reiteración en incorporar imágenes maravillosas, es la mayor receptividad existente hacia lo imaginario que hacia lo real. Incluso los falsos viajeros superaban en éxito a los reales.

b. Viajeros de la Edad Media

Relatos de viajes imaginarios

Los relatos de Alejandro Magno, el gran conquistador macedonio, fueron los más populares y cargados de maravillas que conoció el mundo medieval antes de la enorme difusión que alcanzarían a fines de la Edad Media los textos de Marco Polo y Sir John Mandeville. Las narraciones de sus aventuras están contenidas en diversas versiones o derivadas de un texto anónimo compuesto en Alejandría en las postrimerías del mundo antiguo y al que se le conoce como Pseudo Calístenes. Alejandro había sido considerado, desde la Antigüedad, como el más grande de los viajeros. El relato de sus travesías reales se entremezclaría pronto con sucesos extraordinarios, lo que crearía una leyenda rodeada de una atmósfera maravillosa. Sin embargo, los hombres de la Edad Media pensaban que estos relatos eran historias reales porque habrían sido escritas por Calístenes, uno de los historiadores que acompañó a Alejandro²⁰.

²⁰ Bernheimer, Richard, *Wild Men in the Middle Ages. A study in art, sentiment and demoniology*; Harvard University Press, Cambridge, 1952, pág. 89.

Especialmente fantástico nos parece el relato que se refiere a la expedición de Alejandro hacia “las regiones más lejanas en el desierto en dirección a la Osa Polar²¹. Durante este viaje, el héroe macedonio se encuentra con seres maravillosos: primero hombres gigantes, otros de rostro rojo y aspecto de león. Luego se topa con los oclitas, que no tenían pelo en el cuerpo y eran sumamente fuertes. Más adelante se encuentra Alejandro con fieras de tres ojos y con el pueblo de los Melófagos (comedores de manzanas). Al cruzar luego un río, estaba éste plagado de piedras negras que ponían de ese color a quienes las tocaran, así como contenía peces que no se cocían con agua caliente sino con fría²².

Toda la geografía y antropología del mundo antiguo, la real y la imaginaria, los mitos y leyendas se fueron integrando al relato de Alejandro, reforzando así al personaje mítico sobre el real y constituyendo un cuerpo de información sobre Oriente, que tendría gran influencia en el Occidente cristiano medieval.

La leyenda de Alejandro se cuela en muchas obras medievales que contribuyen a difundir su imagen mítica y la de los lugares que visita. La influencia del Pseudo Calístenes la encontramos en una traducción al latín que realizó Julio Valeriano, en la Historia de Proeliis, en el Polyhistor de Solino, en las Etimologías de San Isidoro de Sevilla, Bestiarios y Fisiólogos, la Carta del Preste Juan y la Carta de Alejandro a su maestro Aristóteles. También nos encontramos con los maravillosos viajes de Alejandro en el Roman de Alexandre (siglo XII), obra que gozó de gran popularidad en el mundo cristiano medieval. A pesar de que el énfasis de esta última obra es de tono caballeresco, se da también un espacio considerable al relato de lo exótico y lo fantástico.

El mejor ejemplo de viajero imaginario durante la Edad Media es Sir John Mandeville, cuya obra fue la más popular y preciada de las historias medievales sobre este tema. Aunque no se sabe con certeza la identidad del autor, se puede afirmar, sin embargo, que su relato no es producto de una exploración realizada, sino que ha surgido del trabajo de escritorio²³. En él se mezclan y enriquecen diversas obras clásicas y medievales que describen viajes, logrando un cuento fascinante y completo y donde los elementos exóticos y maravillosos brillan por su abundancia. Según Vladimir Acosta, el motor en la obra de Mandeville es una suerte de *crescendo* que lleva progresivamente la narración desde el mundo conocido y cercano hasta otros cada vez menos conocidos y remotos²⁴.

Se logra así una progresión de lo maravilloso que se va apoderando de la historia a medida que el supuesto viajero avanza por tierras ignotas. Los relatos se van convirtiendo en algo absorbente y casi cotidiano, revelando la existencia de mundos completamente cargados de prodigios y monstruosidades de todo tipo.

²¹ Pseudo Calístenes; *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*; España, 1977, pág. 156.

²² Pseudo Calístenes, Op.Cit., pág. 157 y 158.

²³ Greenblatt, Stephen, *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*; Oxford, 1991; Acosta, Vladimir, *Viajeros y Maravillas*, Tomo II, Caracas, 1992; *The travels of Sir John Mandeville. A Manuscript in the British Library*; Introducción y Comentarios a las imágenes de Josef Krása, New York, 1983.

²⁴ Acosta, V, Op.Cit., Tomo III, pág. 21.

Son muchas las maravillas que Sir John Mandeville detalla a lo largo de su obra, pero mencionaremos solamente aquellas que tendrán pronto alguna relación con el objetivo de este libro. Mandeville, por ejemplo, contribuye a la difusión del mito de las amazonas, a quienes retrata largamente, basado en la descripción que de éstas se hiciera en la carta del Preste Juan. Respecto a la India, la llama "Ind", y la describe más como un inmenso archipiélago que como un subcontinente. Como era usual entre los autores medievales, habla de tres Indias: la Mayor, tierra de grandes calores que probablemente corresponde a la actual India; la Menor, también muy cálida y que quizás corresponde a la franja costera que va desde Etiopía hasta Pakistán y una tercera India, de clima más fresco, que parecería corresponder a Cachemira e Himalayas.

Al final de su obra, Mandeville menciona el tema del Paraíso, recogiéndolo de una tradición cristiana ya antigua. Nos relata que el verdadero paraíso se ubica más allá de la mítica isla Trapóbana, la que tiene características ideales: el clima es benigno, la vegetación frondosa, la gente buena y razonable; cerca de ahí existen islas donde abundan el oro y la plata. El Paraíso está más allá todavía, en el punto más extremo de Oriente. Es más elevado que el resto del mundo y gracias a ello no fue afectado por el Diluvio Universal. Del centro del punto más elevado del Paraíso brota una fuente de la cual nacen los cuatro principales ríos del mundo: Nilo, Tigris, Eufrates y Ganges.

Estas ideas respecto a la ubicación geográfica del Paraíso, las características de su entorno y de su gente, así como la atribución de lugar de origen de los cuatro ríos de la Tierra, las veremos luego cuando nos encontremos con las ideas de Cristóbal Colón en su tercer viaje a las tierras que descubriría.

Relatos de viajes reales

Había, por otra parte, los que realmente viajaban y dejaban registro de su experiencia. Transportándose de manera física a otros lugares, algunos europeos se aventuraban en busca de emociones, nueva suerte o en cumplimiento de una misión encomendada. El encuentro con lo diferente hacía que el viajero tuviera la sensación de estar en otro mundo, expresión que adquiriría con el tiempo connotaciones revolucionarias, cuando los europeos se encontraran con una parte del globo que no contemplaban. En el ámbito medieval, en cambio, la expresión otro mundo se refería a las sensaciones que experimentaba el hombre occidental al enfrentarse con realidades que existían desde siempre en la tradición y en la mentalidad populares a través de mitos y leyendas, pero que por primera vez se veían con los propios ojos. Y es esta misma sensación la que los viajeros trataban de compartir con sus lectores. Un verdadero descubrimiento consistía no solamente en encontrar cosas nuevas, sino sobre todo reconocer en la nueva realidad aquello que la imaginación y una fe tradicional daban por existente²⁵. La mente del viajero estaba, por tanto, condicionada

²⁵ Aznar Vallejo, Eduardo, Op.Cit., pág. 87.

al encuentro de seres fantásticos que conformaban la geografía necesaria del Oriente tan anhelado. Aquellos que veían la realidad con ojos más críticos y la describían en forma más verosímil, permanecían confiados en el encuentro de las maravillas en lugares aún más alejados, aún no explorados.

Entre las obras medievales que narran viajes a Oriente y que ejercerían influencia sobre la mentalidad de la época, debemos mencionar aquellas del mundo cristiano temprano que hablan de las peregrinaciones apostólicas hacia países remotos. En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo habría dotado a los apóstoles del don de lenguas, lo que les hizo posible llevar el Evangelio a cada pueblo del planeta, viajando a todos los confines del mundo. Los relatos de estas travesías son los que conocemos como Hechos de los Apóstoles y las narraciones también surgidas de esta tradición, pero no reconocidas oficialmente por la Iglesia, son los llamados Hechos Apócrifos. Los primeros, son fundamentales en lo que se refiere a las maravillas religiosas o milagros realizados por los apóstoles de Cristo en tierras lejanas. Los segundos, permiten la difusión de noticias de tierras maravillosas, donde habitaban pueblos como los cinocéfalos caníbales, tan famosos en la literatura medieval de viajes. Al apóstol Santo Tomás y, eventualmente, a San Bartolomé se les adjudicaría haber venido a América —por mucho tiempo confundida con la India—, y realizar fabulosos recorridos.

Avanzando en el tiempo, tenemos luego los relatos de viajeros que se acercaron a Oriente, gracias a la coyuntura histórica del dominio mongol sobre gran parte del continente asiático. Aprovechando el espíritu de apertura que caracterizó a los mongoles, el papado creyó necesario enviar a algunos misioneros para atraerlos a la fe cristiana. Pian Carpino, monje franciscano que recorrió el oriente de Europa y la estepa asiática, escribió una obra que constituye un extraordinario documento antropológico e histórico (1246). Pian Carpino no fue el primer enviado papal a Asia, pero sí el primero en cumplir exitosamente su misión. Al llegar a Sira Orduz, donde tuvieron lugar las ceremonias de elección del que sería el Gran Khan, le entregó la carta que el Papa le había enviado, recriminando a los mongoles su crueldad y violencia, junto con proponerle condiciones de paz y coexistencia. La vuelta hacia Europa fue sumamente difícil y dura, ya que tuvo que soportar las inclemencias del clima del invierno en la estepa y en las montañas de Asia Central. Después de varios meses, regresó finalmente a Lyon, donde redactaría su *Historia de los Mongoles*.

Otro nombre importante entre los viajeros medievales es el de Guillermo de Rubruck, también franciscano, quien enriquece la información objetiva que había otorgado Pian Carpino. A diferencia de éste, Rubruck no fue enviado al Oriente por el Papa, sino por San Luis, rey de Francia, hacia 1254. Sin embargo, el objetivo de su misión no distaba de la anterior, cual era informarse acerca de las costumbres de los tártaros y explorar las posibilidades de acuerdo con ellos y su probable conversión al cristianismo. Para Vladimir Acosta, el *Itinerario* de Rubruck, “es una de las obras maestras de la literatura de viajes”²⁶,

²⁶ Acosta, V, Op.Cit., Tomo III, pág. 116.

ya que relata con lujo de detalles todos aquellos elementos coloridos y realistas que retratan el mundo oriental.

Después de los mencionados viajes de Pian Carpino y de Guillermo de Rubruck, el ímpetu del Papa por cristianizar tierras hacia el oriente se debilitó hasta extinguirse por un buen tiempo. Todas aquellas expediciones patrocinadas oficialmente por la Iglesia y con un objetivo primordialmente espiritual o bien, con ánimos de incorporar nuevos pueblos a la Cristiandad, dieron paso a viajes cuyo principal objetivo y énfasis sería el comercial. Hacia la segunda mitad del siglo XIII, algunos comerciantes —en su mayor parte genoveses y venecianos—, se desplazarían en busca de las riquezas orientales. Entre éstos, serán los Polo los que adquirirían mayor renombre. Uno de ellos —Marco Polo—, tiene el mérito de ser el principal gestor de las ideas que el Occidente tardo medieval se formó del mundo oriental. Sus descripciones tuvieron una acogida tal, que se convirtieron en el punto de referencia obligado de todo aquel que hablaba del Oriente, sus maravillas, sus riquezas y sus misterios.

Marco Polo era un mercader veneciano que se embarcó con su padre y su tío en un viaje al Oriente que le mantendría en China durante varios años. El año 1364-65, llegaron los Polo a tierras del Gran Khan Kubilai y estando al servicio de éste, recorrería Marco Polo la parte norte de China, el oeste hasta el Tíbet y probablemente Birmania, la costa oriental de la India y Ceilán. El relato resultante de todos estos años de viaje fue, posiblemente, escrito por un tal Rusticello y es una combinación de historia de viaje con enciclopedia o descripción del mundo²⁷. Predomina lo maravilloso, entendido primordialmente en términos materiales: riqueza de las ciudades, abundancia de piedras preciosas y grandeza de los pueblos. Es lo exótico entendido en su dimensión material. Lo exótico tiene, asimismo, una vertiente antropológica y puede apreciarse en la narración de algunas costumbres curiosas y en la presencia de individuos de excepción. Ejemplo de esto es la referencia a aquellos monarcas de la provincia de Zorzanía que tienen por naturaleza un águila pintada en el hombro²⁸, la mención del reino de Lambri donde “existen muchos hombres que tienen cola como los perros, de un palmo de longitud”²⁹, y el relato acerca de un rey de la provincia de Ziamba que tenía 336 hijos³⁰.

También aparece lo maravilloso entendido en un contexto antropológico, cuando nos detalla la presencia de pueblos extraños. Especialmente interesante para nuestro estudio es la narración de las costumbres del pueblo de las amazonas, tan presentes en las mentes de generaciones venideras que las buscarán sin descanso en el Nuevo Mundo. Dice Marco Polo

²⁷ El ejemplar de Marco Polo que utilizamos es el traducido por fray Francisco de Pepuris de Bolonia que aparece en el volumen preparado por Juan Gil, *El Libro de Marco Polo*, Alianza Editorial, Madrid, 1992. Este volumen forma parte de una serie dedicada a la Biblioteca de Colón.

²⁸ Marco Polo, Op.Cit., pág. 19.

²⁹ Marco Polo, Op.Cit., pág. 146.

³⁰ Marco Polo, Op.Cit., pág. 141.

que la isla Hembra está habitada exclusivamente por mujeres, mientras que en la Macho hay sólo hombres. Está ubicada una frente a la otra. Las mujeres no van a la isla de los hombres, pero éstos visitan a las mujeres en primavera para tener relaciones sexuales. Las mujeres cuidan de los hijos nacidos hasta la adolescencia. Entonces, mandan a los hombres a la isla del frente y ellas se quedan con las mujeres³¹. En otras versiones, las Amazonas matan a sus hijos varones.

En esta curiosa leyenda se combinan diversos elementos y, sobre todo, se despliega un fondo clásico relacionado con el mito de las Amazonas, aquellas mujeres guerreras de la Antigüedad. Durante la Edad Media, el mito se haría más complejo con la adición de elementos de procedencia variada. El resultado será una sociedad estable caracterizada por la separación de sexos y el llamado matrimonio de visita. La supuesta belicosidad de las Amazonas colaboraría asimismo a la creación de una leyenda fabulosa que incitaría su búsqueda en tierras explorables.

También alude Marco Polo al mito de los pueblos antropófagos, que tanto impacta y repugna al mundo cristiano. Respecto a los habitantes del reino de Suguy, cuenta Marco Polo que “se sirven de lanzas y espadas. Son hombres cruelísimos sobremanera. Cuando matan en combate a un enemigo, beben su sangre y comen su carne”³². En el reino de Dragoyam, se encuentra asimismo Marco Polo con gente que al capturar a algún extranjero, si no pueden pagar rescate, lo matan y se lo comen³³.

Tras la lectura de la obra del veneciano resaltan las incontables oportunidades en que se refiere a la existencia de riquezas, especialmente oro y perlas, en el maravilloso mundo oriental.

La corriente misionera patrocinada por la oficialidad de la Iglesia se renueva con el pontificado de Nicolás IV. El Papa manda a Juan Montecorvino para establecer una iglesia cristiana en Oriente hacia el año 1328. Pasa por Persia, el Golfo Pérsico, la India y, finalmente la China, donde permanecería cerca de cuarenta años en labor misionera.

Otro viajero apostólico de la época es Jourdain Catalani de Séverac, fraile dominico que ejerció una fuerte misión evangelizadora en la India, al tiempo que recogió valiosa información acerca de las costumbres de sus habitantes. Su obra, *Mirabilia Descripta* (ca 1323), es un documento enciclopédico en que se introduce un nuevo concepto de maravilla. Para él, las maravillas son un conjunto de cosas más amplio que el que constituyen las fábulas insólitas y prodigios, sino que abarca todo lo llamativo, asombroso, original.

Con este nuevo y más amplio concepto de la maravilla es que hay que entender la posterior reacción del europeo frente a los nuevos mundos que pronto descubriría.

³¹ Marco Polo, Op.Cit., pág. 162.

³² Marco Polo, Op.Cit., pág. 128.

³³ Marco Polo, Op.Cit., pág. 146.

c. El viaje medieval y la creación de mitos y leyendas

La afición medieval por lo fabuloso y maravilloso lleva a la creación de lugares y personajes míticos. El proceso que explica la formación de estas historias se reduce, básicamente, a dos mecanismos: por un lado, los viajeros van con la idea preconcebida de descubrir cosas ya narradas, que circulan en las tradiciones populares y forman parte del imaginario colectivo. Al enfrentarse a la realidad, encuentran los seres fabulosos que tienen grabados en sus mentes en cualquiera que se les parezca o tenga algún rasgo distintivo similar. Es por medio de este mecanismo que los rinocerontes se convierten en unicornios, los hombres de poca estatura en pigmeos y los más grandes en verdaderos gigantes. Hombres de cuello pequeño parecieran tener los ojos pegados al cuerpo, mientras otros mal agestados dan la sensación de tener cara de perro. Los dragones acechan cuando se ven serpientes y el hombre salvaje reaparece con los gorilas.

El otro mecanismo a través del cual se forman ideas fabulosas del Oriente lejano es el siguiente: el viajero se sorprende con todo aquel mundo tan diferente al suyo y, en la admiración y sorpresa, exagera la descripción o es malentendido cuando trata de narrar lo que ha visto. Así, lo diferente adquiere características fabulosas o bien se trata de asimilar a lo ya conocido para poder comprenderse. Las costumbres ajenas pierden su autenticidad y pasan a convertirse en algo maravilloso. Lo ajeno y extraño no se acepta tal cual es porque produce incomodidad; lo que no se adecua a los cánones occidentales, queda incorporado en el saco de las maravillas o bien, se occidentaliza para darle legitimidad. Un interesante ejemplo de este mecanismo es el que nos describe Joaquín Yarza al relatar la interpretación de un miniaturista medieval frente a un capítulo de la obra de Marco Polo³⁴. El comerciante veneciano nos cuenta de un grupo de doncellas dedicadas por familia al culto de un dios y que se reúnen periódicamente a ofrecer alimentos a la divinidad. Con sus cuerpos descubiertos danzan frente a la estatua del dios. Estas mujeres semidesnudas deben de haber desconcertado al artista, quien fiel a su tradición, representó, en cambio, a un grupo de monjas vestidas bailando una sobria y púdica danza.

Los mecanismos aquí descritos son los que explican la proliferación de seres imaginarios y monstruosos en la Edad Media y comienzos de la llamada Edad Moderna. Ya sea porque el viajero espera hallarlos o porque no sabe cómo describir lo diferente, los relatos de viajes medievales están plagados de seres maravillosos y monstruosos. Cualquier aventura ambiciosa hacia el Oriente implicaba un enfrentamiento con los monstruos.

³⁴ Yarza, Joaquín, *Op.Cit.*, pág. 9.

d. Razas monstruosas y catalogación de los pueblos

La historia de la creencia en seres monstruosos tiene sus raíces en la Antigüedad. Ya en la Odisea, Ulises debe enfrentarse con polifemos y lestrigones en las islas del mar Egeo para poder llegar, finalmente, a su soñada Itaca. Plinio el Viejo es quizás, entre los autores latinos, el que más habría influido en el conocimiento y difusión de seres diferentes que poblaban los confines del orbe. En sus 36 volúmenes de *Historia Natural*, el autor elabora una clasificación de las razas monstruosas que causaría verdadera expectación, impresión y placer en sus lectores. El autor utiliza anécdotas, descripciones acuciosas y fascinantes e introduce al lector en escenarios difíciles de imaginar: mundos con amazonas, tierras plagadas de razas extrañas como los *Amyc-tyrae*, quienes poseían un labio gigantesco y lo utilizaban de sombrilla. Los andróginos eran mitad hombre y mitad mujer y se suponía que habitaban en algún lugar de África. Bebían de las calaveras humanas, se colocaban cabezas de hombre a modo de adorno y se comían a sus parientes cuando envejecían. Los antípodas eran los que habitaban la región del mismo nombre, aquella parte que quedaba al otro lado del globo (desde el punto de vista europeo) y, por lo tanto, se suponía que andaban cabeza abajo. La raza conocida como los *Artibatirae* estaba compuesta por hombres que andaban en cuatro patas; los *Astoni* no tenían boca y sobrevivían exclusivamente a través del olfato. Morían con los malos olores. (FIGURA 1)

Los europeos habían desarrollado una elaborada teoría sobre la relación entre carácter, apariencia y lugar geográfico. En este contexto, las razas de Plinio habían adquirido una localización en lugares remotos de la cosmografía medieval. En los mapas, aparecían los hombres monstruosos alejados de Jerusalén, símbolo de la Cristiandad.

La apariencia física y el carácter moral de estas gentes eran explicados por las influencias de las temperaturas extremas de estos lugares, así como por su lejanía de los centros de civilización. La noción de que la raza dependía del clima había sido desarrollada en Occidente desde temprano, por lo menos desde la época de Isidoro de Sevilla. Se pensaba que el lugar influía en sus habitantes de dos formas: primero, a través del poder de las estrellas, las cuales se creía podían controlar el destino de las personas. Estas ideas, no obstante, eran difíciles



Figura 1. Portada de una edición en castellano del viaje de Sir John Mandeville, donde se ven algunas razas monstruosas.

de conciliar con el concepto cristiano del libre albedrío. En segundo término, el lugar podía afectar también a las personas a través de las fuerzas terrestres, especialmente del clima. Este, no solamente tenía incidencia sobre la apariencia física, sino también sobre aspectos sociales y morales. Se entendía que los habitantes de las Antípodas y de tierras lejanas podían ser monstruosos porque habitaban los extremos del globo en características climáticas de exceso que producían alteraciones del espíritu.

El espacio geográfico determinaba asimismo el tipo de alimentación de los habitantes. Este hecho, sumado a la importancia fundamental que griegos, romanos y cristianos atribuían a las dietas alimenticias en su catalogación cultural, es clave para entender el desprecio europeo frente a costumbres diferentes. Para los griegos, el cómo se alimentaba una persona era uno de los principales criterios a la hora de medir su humanidad o inhumanidad. Los romanos fueron más cosmopolitas al respecto, lo cual no impidió que la comida fuese uno de los principales puntos de referencia de Plinio. Los “oledores de manzana”, “los que beben de caña”, “los que comen carne cruda”, los antropófagos, son algunos de los nombres con que bautizaría a los pueblos que describe. En la época cristiana, Sir John Mandeville también se inclina por la utilización de este criterio para impresionar a la audiencia medieval.

La lejanía física era un requisito para la existencia y caracterización de las razas monstruosas. Se les encontraba en la India, Albania, Catay, lugares cuyos límites eran vagos, pero cuyos nombres evocaban misterios. Las razas monstruosas aparecían visualmente poblando los márgenes del mapa, pero claramente identificados con la India y Sitia, lugares tradicionalmente aceptados como albergues de prodigios. En la obra de Hartmann Schedel, *Liber Chronicarum*, realizada en Nuremberg el año 1493 (FIGURA 2), podemos apreciar cómo en la sección dedicada al Diluvio y a Noé, aparecen las razas monstruosas de tierras lejanas en los márgenes de la composición. El lugar que asumen en la imagen, no hace sino confirmar la marginalidad de estos pueblos y su lejanía geográfica y simbólica de lo que se consideraba normal. En orden de aparición, se puede apreciar un hombre con tres pares de brazos, una mujer salvaje, otro personaje con seis dedos en cada mano, un centauro, un hermafrodita, un hombre con cuatro ojos y, finalmente un pájaro-hombre.

Había una serie de factores complementarios a la hora de clasificar a los pueblos que estaban fuera de los límites de la Cristiandad. La posesión de lenguaje había sido para los griegos uno de los principales criterios para denominar “bárbaro” a un pueblo. El etnocentrismo helénico había llegado a despreciar a cualquiera que no conociera la lengua de los griegos, argumentando que tampoco podía acceder al conocimiento, lo cual lo hacía inferior. El mundo romano fue más indulgente a este respecto, ya que aceptó, de alguna forma, la permanencia de las lenguas de los pueblos conquistados. Sin embargo, el latín era el idioma oficial del imperio y, por tanto, se le consideraba superior.

Otro aspecto distintivo era la presencia del vestido. El carecer de ropa para cubrirse se consideraba un claro signo visible de la brutalidad de los pueblos. El hombre desnudo se convertía así, en la imagen visual del salvaje. La desnudez evocaba inmediatamente la inferioridad del otro y su cercanía con seres que no usaban vestidos, como los animales.

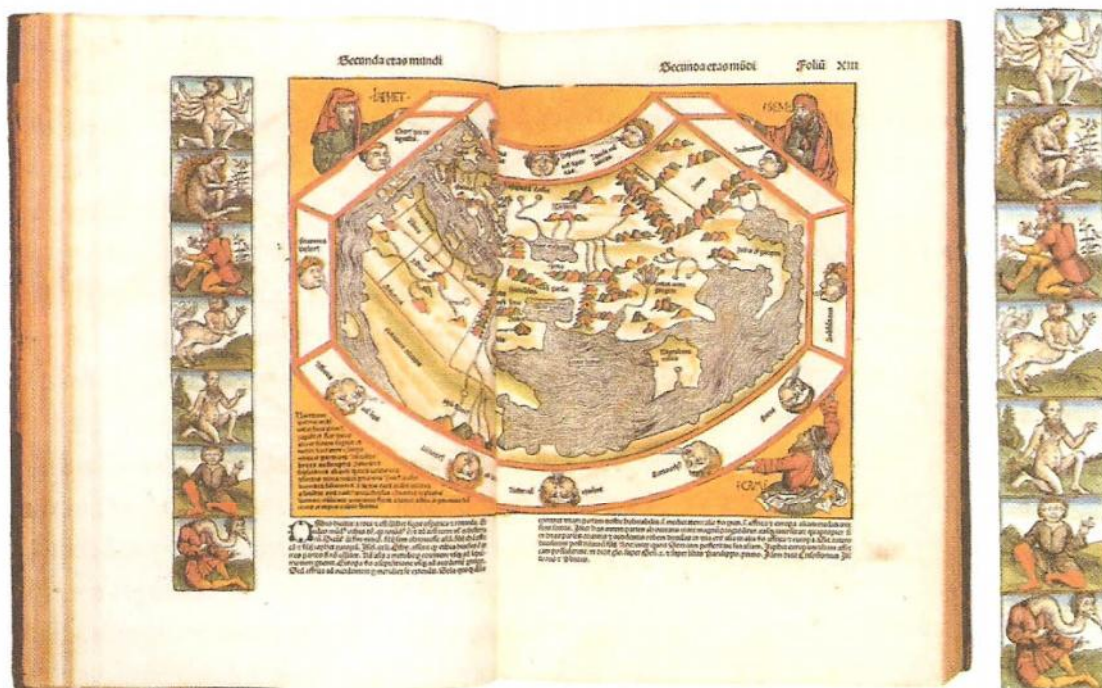


Figura 2. Mapa del Mundo y de las gentes de tierras lejanas. Hartmann Schedel, Nuremberg, 1493.

La existencia de la polis y la vida en el escenario urbano era otro criterio a la hora de discernir entre gente civilizada y bárbara. La ciudad era el único ambiente que confería verdadera humanidad, ya que dotaba a sus habitantes de un escenario comunitario en el que podían desarrollar las facultades propias de su naturaleza, tales como las leyes, el intercambio social, la filosofía, el arte y el culto a los dioses. La ciudad era un ambiente controlado y con posibilidades de ejercer el control, a diferencia de los espacios naturales donde el hombre no tenía límites físicos ni sociales que dominaran y vigilaran su comportamiento instintivo.

Todos estos criterios eran importantes para clasificar a los pueblos que se iban encontrando y servían de herramientas para situarlos en la escala de los seres vivos. Su relevancia radica, además, en el hecho de su inalterable utilidad por tanto tiempo, siendo el referente obligado de varias generaciones europeas de encuentro con pueblos diferentes. Lo interesante es que estos criterios creados y utilizados por griegos, serían igualmente invocados por romanos en sus conquistas, por los cristianos que viajaron a Oriente y África en la Edad Media y posteriormente en el encuentro del hombre europeo con el hombre americano.

Por su parte, la coordenada temporal como herramienta de ubicación de las razas monstruosas, causaba también problemas al mundo occidental. Los cristianos se preguntaban si estas gentes serían o no humanos verdaderos, si tendrían alma, si descenderían de Adán y Eva y cómo habrían sobrevivido al Diluvio Universal. San Agustín en su *Ciudad de Dios* se había planteado estos problemas y había desarrollado una teoría al respecto. Lo que pun-

tualmente le interesaba, enterado de la existencia de estas razas monstruosas, era establecer su humanidad o bestialidad. Agustín aceptaría la humanidad de ellos sujeta a la imperiosa necesidad de hacerlos cristianos³⁵. En el tímpano de la catedral de Vézelay, por ejemplo, las razas monstruosas aparecen en el contexto del episodio de Pentecostés, por lo que se reconoce su humanidad, sujeta a la evangelización.

Todas estas interrogantes eran un asunto clave a la hora de desarrollar una teoría respecto del significado de las gentes y tierras que se iban descubriendo. Sin embargo, el conocimiento científico alcanzaría importantes avances en el siglo XV y se desarrollaría desde entonces en forma vertiginosa, lo que mostraría lentamente, que la existencia de razas monstruosas era improbable. Pero la fuerza de la tradición popular y una mentalidad moldeada por mucho tiempo por lo fabuloso y mágico, serían superior a la fuerza de la evidencia empírica. A medida que avanzaba el conocimiento geográfico del Oriente, se tendría que buscar en América el hábitat depositario de todas las expectativas europeas. América sería el lugar donde los aventureros buscarían seres y riquezas inconmensurables.

Se han argumentado diversas razones para explicar el por qué de la supervivencia de estas creencias en las razas monstruosas aún ya entrado el siglo XVII. El avance de los descubrimientos geográficos, la convivencia con pueblos diferentes tanto en Asia, África y en la recién descubierta América, deberían haber terminado de raíz con esta actitud medieval de búsqueda de mundos fabulosos habitados por seres de características increíbles. Pero no fue así. Al menos en un principio y en un mediano plazo también. John Block Friedman³⁶, en un intento de dar explicación a este fenómeno, argumenta que en primer lugar había una suerte de necesidad psicológica de la existencia de estas gentes, necesidad que se relaciona con el escapismo, el ejercicio de la imaginación y, al mismo tiempo, un temor a lo desconocido. En segundo lugar, Friedman sugiere que los errores de percepción y la dificultad de la descripción de cosas diferentes a lo conocido son agentes que ayudan a comprender este proceso de larga duración. Sólo hay que imaginarse la impresión que debe de haber experimentado el primer europeo enfrentado a un animal como la iguana. Al tratar de describirlo, nos parece obvio que recurra a la comparación con un ser mítico ya visualmente conocido como es el dragón. Y aún sin necesidad de comparar, la pura descripción del animal en cuestión nos permite imaginar algo bastante monstruoso.

Joaquín Yarza³⁷, por su parte, nos enriquece el tema con otras respuestas: nos habla del escaso espíritu crítico de los hombres medievales, que no se acabaría abruptamente con el advenimiento de tiempos más modernos. Insiste también en el carácter a veces paradisíaco de algunas de las descripciones, en que se pone énfasis en las riquezas naturales y la benignidad del clima para contrastarlo con la pobreza de los contemporáneos europeos a lo largo

³⁵ Yarza, Joaquín, Op.Cit., pág. 20.

³⁶ Friedman, Block, J., Op.Cit., pág. 23.

³⁷ Yarza, Joaquín, Op.Cit., pág. 30.

de siglos³⁸. Yarza habla asimismo de una suerte de inercia que permite a estas maravillas y monstruosidades pervivir por largo tiempo. Concluye diciendo que hay un deleite por lo desconocido que produce tanto terror como fascinación.

Por último, habría que decir que el etnocentrismo europeo no permitía a los del Viejo Continente mirar a otros pueblos con ojos objetivos. Sus criterios de catalogación de gentes diferentes eran una especie de velo que se anteponía frente a la realidad, velo que muchas veces distorsionaba lo real para crear verdaderos monstruos que encarnaran el miedo a caer en lo que se consideraba anómalo.

A pesar de la generalizada repulsión y asombro que las razas monstruosas y pueblos considerados bárbaros ejercían sobre el hombre occidental, encontramos algunas manifestaciones aisladas de aprobación e incluso admiración frente a algunos aspectos de ciertos pueblos. Pueblos como los brahmanes y amazonas, por ejemplo, eran considerados extraños pero con ciertos elementos edificantes dentro de sus costumbres. Tanto los primeros como los segundos lograron un espacio de admiración desde el mundo europeo por su sabiduría y ascetismo, como por su valentía y disciplina, respectivamente.

2. ELEMENTOS DE AUTORIDAD HACIA EL SIGLO XV

a. Autoridad de los textos clásicos

Así como el viaje hacia Oriente constituía un sueño de todos aquellos que se aventuraban hacia un destino mejor o un relato apetecido entre los que no viajaban y amenizaban su rutina con ilusiones, había otros aspectos culturales que también configuraban la mentalidad del europeo bajo medieval y que ayudan a entender el contexto del explorador ultramarino de finales del siglo XV. Entre estos aspectos, cabe resaltar la autoridad indiscutida de los textos clásicos.

La veneración hacia los textos griegos y romanos es una característica del mundo intelectual de la época. El hombre letrado basaba parte considerable de sus creencias y convicciones en los libros que habían sido escritos siglos atrás y que aún eran admirados por su sabiduría y postulados universales. Heródoto, Aristóteles, Platón, Plinio y Solino, entre otros, eran referencias frecuentes en los círculos eruditos del Renacimiento. Sus teorías relacionadas con temas geográficos, antropológicos y éticos, eran unánimemente aceptadas y conformaban un

³⁸ América sería imaginada y promocionada como un verdadero paraíso: la fertilidad de sus tierras, la enormidad de sus espacios cultivables, la factibilidad del cultivo de las especies europeas en sus tierras, el ejemplo de las poblaciones americanas que no conocían el hambre, serían aspectos todos que ayudarían a conformar una imagen ideal de América. En Olaya Sanfuentes, "Descubrimiento del nuevo jardín de las delicias: Europa y su percepción del Nuevo Mundo a través de las especies comestibles y los espacios americanos en el siglo XVI", *Revista Historia* N° 39, Santiago, noviembre, 2006.

conjunto consistente de postulados indiscutibles. Por ese entonces nadie tenía la osadía de discutir radicalmente la autoridad de los clásicos. Al contrario, se les citaba frente a cualquier problema y dotaban de herramientas intelectuales en el proceso de conocimiento del mundo.

Durante el siglo XV, las corrientes de vida intelectual funcionaban básicamente a través de dos circuitos. Por un lado, estaba la ciudad, considerada el ambiente ideal para la generación y propagación de ideas. Era un lugar público y sede de los talleres de imprenta, lo que facilitaba la creación y transmisión del conocimiento. Por otra parte, estaban las universidades, donde se enseñaban las Artes Liberales a través de la lectura y la disputa intelectual y se basaban en los postulados de los textos.

Los humanistas, depositarios del saber de la época, estaban un tanto aislados del hombre vulgar del siglo XV, pero esto no era un impedimento para ejercer influencia en las percepciones y expectativas de muchos hombres de acción. A pesar de la lejanía que existía entre el círculo erudito y la vida del ciudadano común o del campesino, ciertas ideas generales respecto al mundo y sus habitantes se transmitían a esferas menos educadas. Dicha transmisión ocurría a través de la tradición oral, la lectura en voz alta en el seno de las comunidades, la imaginería religiosa de las iglesias, los sermones de sacerdotes, cuentos de pregoneros populares y otras vías difíciles de ponderar a la hora de establecer el origen de las convicciones tradicionales. Muchos hombres ya sabían de la esfericidad de la tierra³⁹ y creían en la existencia de tierras lejanas y llenas de riquezas y monstruos. Las maravillas eran también conocidas a través de los relatos de aventureros que llegaban cargados de tesoros y leyendas.

No solamente los mundos maravillosos eran transmitidos a través de textos clásicos, sino también las ideas acerca del espacio geográfico. Verdaderos emblemas de la mentalidad de la época, los denominados mapas T-O derivaban de fuentes romanas y sintetizaban el pensamiento antiguo en lo que a la representación geográfica se refiere. La idea dominante en estas imágenes era la división del mundo en tres partes: Asia, África y Europa. El cristianismo lo adaptó para acomodarlo a algunos de sus principios: tres eran los lados del triángulo que representaba a Dios Padre en el cielo; tres eran los hijos de Noé (Set, Cam y Jafet) que se habían repartido por la tierra tras el Diluvio Universal; tres las personas de la Santísima Trinidad, por lo que igual número de continentes constituían el orbe. Adaptados a la tradición judeo-cristiana, los mapas T-O estaban orientados hacia el oriente, región de magna importancia por ser sede de Jerusalén. Con este requisito, Asia quedaba en la parte de arriba "orientando el mapa", luego a la izquierda Europa y África en la porción restante.

Bajo la influencia de la Iglesia, el mapa de forma T-O adquirió el objetivo de apoyar y promover el punto de vista cristiano del mundo, dando poca importancia a la exactitud geográfica.

³⁹ La obra de Sir John Mandeville fue una promotora de este concepto. Efectivamente, el autor se define a favor de la esfericidad de la Tierra y la popularidad de sus relatos fue tal, que contribuyó a la difusión de ésta y otras ideas geográficas a finales de la Edad Media.

La imagen que incluimos a continuación muestra las ideas que estamos describiendo y apareció en el contexto del libro de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla en el siglo VII. (FIGURA 3). Estos emblemas se usarían por mucho tiempo y en diversos escenarios, llegando a conformarse como verdaderos iconos de un entendimiento literal de las historias de la Biblia.



Figura 3. Mapa Estilo T-O. Grabado en madera de las Etimologías de San Isidoro de Sevilla, Augsburgo, 1472.

Las ideas de Macrobio, acerca de la habitabilidad o inhabitabilidad de ciertas zonas del orbe, constituyen también un cúmulo de ideas geográficas que nutren las mentes de hombres medievales. Estas ideas clásicas también cobraron forma visual en un emblema o signo que mostraba la habitabilidad de las regiones templadas de la tierra, mientras que la tórrida y las dos zonas frías no eran aptas para el desarrollo de vida humana. Por otro lado, cualquiera que quisiera aventurarse de un territorio templado a otro, moriría al traspasar los insoportables calores de la zona ecuatorial. A estos mapas se les conoce también con el nombre de mapas zonales. (FIGURA 4)

Habría que mencionar, de igual forma, los posteriores aportes de Tolomeo a las ideas geográficas de finales de la Edad Media europea. El Tolomeo de la Antigüedad había tratado tres problemas geográficos: el tamaño y ubicación del mundo habitado (*ecumene*); la construcción de un enrejado de paralelos y meridianos y la localización de lugares específicos en dicho mapa. Estas ideas estaban contenidas en su obra *Geographia*. (FIGURA 5)

El conjunto de ideas y preceptos que los textos clásicos aportaban a través de los humanistas, sus mediadores, dotaría al hombre del siglo XV de las herramientas para enfrentarse a la existencia de nuevas tierras. El gran problema se presentaría cuando Europa se encontrara con América, una tierra nueva que jamás había sido vista ni escuchada por hombre antiguo



Figura 4. Mapa zonal de Aurelius Macrobio, grabado en madera, Siena, 1506.

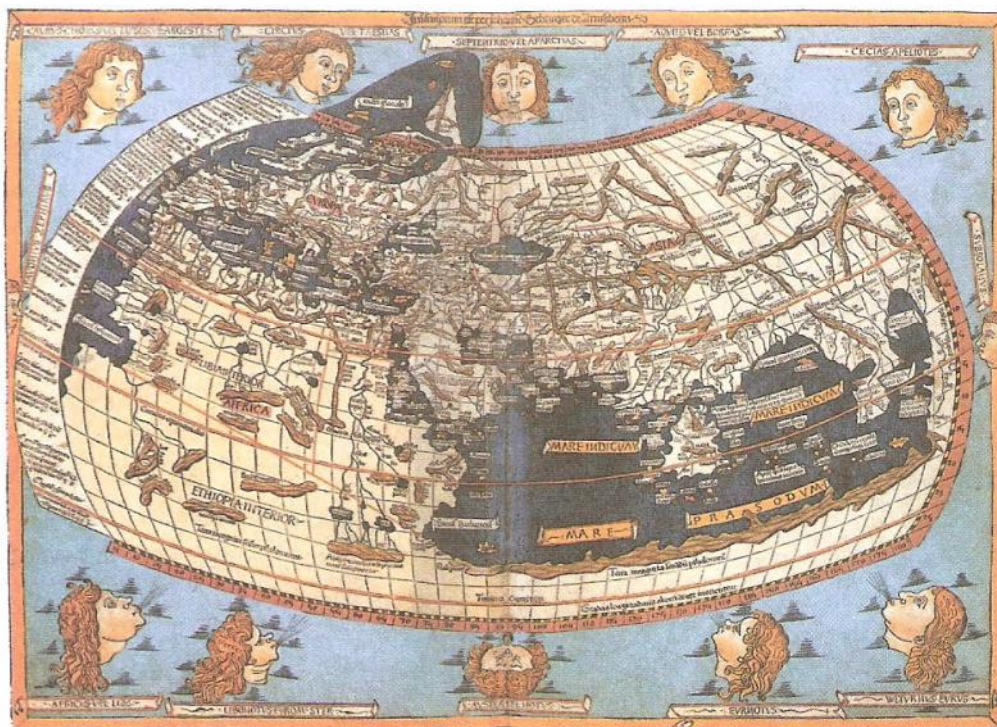


Figura 5. Geografía de Tolomeo, Ulm, 1482. Grabado en madera de Johannes Schnitzer sobre papel iluminado al temple. Biblioteca Apostólica Vaticana.

alguno; un nuevo continente que por sus características presentaría problemas diversos y básicos que los europeos ya daban por resueltos. El descubrimiento de un nuevo mundo ¿conllevaría una pérdida de la certidumbre? A lo primero que acudiría el europeo para solucionar este conflicto sería a lo por él ya sabido: lo descrito por los autores clásicos y por otras fuentes que conformaban el cuerpo de conocimientos aceptados de la época. Este mecanismo de aproximación al nuevo problema mostró, sin embargo, su inconveniencia en el corto plazo. En este sentido, las palabras de Anthony Grafton son precisas: “Los textos clásicos sirvieron tanto de herramienta como de obstáculo para la exploración universal de nuevos mundos”⁴⁰.

b. Autoridad de la Biblia

La Biblia, junto con los textos clásicos, constituía un segundo elemento de autoridad hacia el siglo XV.

Era un libro sagrado en el más amplio sentido de la palabra: no solamente contenía verdades religiosas, sino que establecía el orden del universo y dotaba de las herramientas mentales necesarias para la comprensión del entorno. La historia del mundo se comprendía a través de las Sagradas Escrituras, al mismo tiempo que éstas contenían sus reglas de funcionamiento presente y futuro. Todo estaba en aquellas páginas, porque Dios es perfecto y su palabra descansaba en dicha obra.

Bajo este esquema, el descubrimiento de un nuevo mundo sería un duro golpe para la Cristiandad. En una época en que se entendía la historia de la Cristiandad como la historia del mundo hasta entonces conocido, el encuentro con un continente y hombres no previstos planteaba una serie de preguntas fundamentales. A estas tierras y sus habitantes, de los cuales nunca se había tenido noticia, era urgente encontrarles un lugar concreto en los textos bíblicos. A la luz de la fe cristiana había que resolver temas tales como la presencia o ausencia de alma en el indio americano y el grado de humanidad a atribuir a estos hombres recién descubiertos.

Podemos decir, entonces, que este era un mundo orientado al texto⁴¹. Los libros eran la principal fuente de conocimiento y guía para el comportamiento durante el siglo XV. Lo que importaba era lo que estaba escrito, aunque se tratara de temas fabulosos o de teorías que la propia experiencia dejaba obsoletas. Tampoco importaba que el sentido de las Sagradas Escrituras fuera metafórico. Lo fundamental era que así estaba escrito. Y el texto, tuvo entonces, un papel fundamental en el proceso de expansión europea y la recepción de

⁴⁰ Grafton, Anthony, *New Worlds, Ancient Texts*, The Belknap Press of Harvard University Press, England, 1992, pág. 6.

⁴¹ “Text-oriented” es la expresión que utiliza Warwick Bray, en *The Meeting of two worlds. Europe and the Americas 1492-1650*; Oxford University Press, 1993. La misma idea es la que anima el libro de Anthony Grafton citado anteriormente.

lo americano⁴². Cualquier proceso de develamiento del Nuevo Mundo, debía partir por el despojo de las ideas preconcebidas frente a mundos orientales e ir dejando paso a la evidencia de la experiencia empírica.

3. LA GEOGRAFÍA HACIA FINES DE LA EDAD MEDIA

a. Estado de los conocimientos geográficos hacia el siglo XV⁴³

La geografía es uno de los ámbitos que mejor muestra la convivencia de diferentes tradiciones e influencias en el mundo del siglo XV. En efecto, si estudiamos los mapas y cartas geográficas de la época, apreciamos la existencia de tradiciones de toda índole que conviven sin excluirse unas de otras. Como dice Claude Kappler, una de las principales características de la cosmografía medieval es la coexistencia de sistemas muy diferentes y la aceptación de las teorías más variadas, sin partir nunca de una *tabula rasa* que permita favorecer un sistema frente a otros⁴⁴.

Del mundo clásico se toman las representaciones geográficas hasta ahora nombradas, que conviven a pesar de sus diferencias y diversa naturaleza. Pondera con gran importancia el aporte de las ideas de Tolomeo, que tuvieron una gran repercusión en la geografía del siglo XV. Interesante nos parece reparar en los errores geográficos de Tolomeo, ya que serían importantes en las concepciones espaciales de hombres de tiempos venideros, quienes basarían sus certezas y se fiarían de sus cálculos. Tolomeo le adjudicó a la circunferencia terrestre un 30% menos de lo que había calculado Eratóstenes, quien estuvo mucho más ajustado en sus cálculos a la realidad. En segundo lugar, Tolomeo ampliaba considerablemente el continente euroasiático. Por último, le asignaba al Mediterráneo el doble de la longitud que realmente tiene. Estos tres errores serían los que inducirían a Cristóbal Colón a pensar que era fácil llegar al Japón por el oeste en un corto plazo.

El elemento medieval se refleja en la importancia del factor religioso sobre la geografía y el mapa de forma T-O muestra la forma en que el cristianismo adaptaba las ideas clásicas a su historia y fines.

Hacia el siglo XIII algunos mapas se enriquecieron con ideas e imágenes contemporáneas: se incluyeron escenas de la Biblia, reyes, animales, plantas y razas monstruosas co-

⁴² Urbina, Leandro, en conferencia en La Recoleta, Santiago de Chile 23 abril 2007.

⁴³ Para este tema, recomendamos la siguiente bibliografía: Aznar Vallejo, Eduardo, *Viajes y Descubrimientos en la Edad Media*, Madrid, 1994; Gil, Juan, *Mitos y Utopías del descubrimiento*, Madrid, 1994; Lestringant, Frank, *Mapping the Renaissance World*, Polity Press, Cambridge, 1994; Whitfield, Peter, *The Image of the World. 20 centuries of World Maps*, San Francisco, 1994.

⁴⁴ Kappler, Claude, *Monstruos, Demonios y Maravillas a Fines de la Edad Media*; Traducción de Julio Rodríguez Púertolas, Ediciones Akal, Madrid, 1986, pág. 26.

existiendo en los llamados mapas portulanos. Eran éstos la representación geográfica de las cartas de navegación surgidas tras la necesidad práctica de establecer rutas posibles de desplazamiento marítimo entre puerto y puerto, en que la configuración de las costas era fundamental para la seguridad de la travesía⁴⁵. Esta incipiente actitud práctica, no obstante, convive con la presencia de iconos tales como el Paraíso Terrenal, el Preste Juan y los tres Reyes Magos.

El avance de los descubrimientos geográficos no sería, durante largo tiempo, un obstáculo para abandonar las creencias religiosas, mitos y leyendas propias de las representaciones medievales. Tampoco pierden interés aquellos conceptos heredados de la Antigüedad clásica que constituían una autoridad indiscutible. En este sentido, coincidimos con Peter Whitfield quien nos dice que no solamente la ciencia y los avances científicos son los que explican la formación de los mapas, sino que son igualmente importantes la religión, la política, el arte y la obsesión⁴⁶.

En esta misma línea podemos citar nuevamente a Anthony Grafton, el que aporta la idea de que todo mapa, en mayor o menor medida, es político: la ubicación de los meridianos, las letras que se eligen para designar los lugares, las imágenes para representar ciudades y recursos naturales, son todos ejemplos que nos hablan de aspectos políticos y culturales en la facturación del mapa. El mapa medieval es quizás el más político de todos⁴⁷: el solo hecho de colocar a Jerusalén en el centro del mundo ya nos habla de una elección con un fin determinado, cual es divulgar y propagar el Cristianismo, haciendo del mapa un emblema del poder de esta religión y un medio para propagarla.

Estas ideas son fundamentales para comprender el material geográfico con que uno se enfrenta al estudiar el siglo XV y los comienzos del XVI. Efectivamente, nos encontramos con mapas del mundo y cartas geográficas que brillan por su belleza y por la cantidad de material literario y fantástico que contienen y nos otorgan. La actitud que hay que tomar a la hora de estudiar este material no es de simple inventario, sino de entender que es la manifestación gráfica de una mentalidad en que esos aspectos son, precisamente, lo importante. Por su propia naturaleza, las representaciones geográficas son subjetivas al momento que eligen aspectos de la realidad para representar, así como la forma de hacerlo. Precisamente es la actitud religiosa frente al mundo, la creencia en dimensiones fantásticas y la necesidad de localizar las maravillas lo que realmente importa al hombre de finales de la Edad Media. Esto es lo que lo hace vibrar y lo que deja plasmado en cada una de sus manifestaciones culturales. Los mapas son, por tanto, un artefacto cultural de origen instintivo, ya que son un producto tanto del intelecto como de la imaginación enfrentada

⁴⁵ Se utiliza, generalmente, la nomenclatura carta marina y portulano para designar una misma cosa, cual es la carta de navegación surgida hacia 1300. A pesar del que el portulano era un texto que acompañaba a la carta marina, dando descripción de las condiciones y características de los puertos principales, la palabra portulano se ha hecho, con el tiempo, sinónimo de carta marina.

⁴⁶ Whitfield, P., *Op.Cit.*, pág. viii.

⁴⁷ Grafton, A., *Op.Cit.*, pág. 51.

a una realidad determinada. Cada mapa está enraizado en su propia cultura y habla perfectamente de ella. Por esta razón, no debemos sorprendernos con la subjetividad de los mapas de los siglos XV y XVI⁴⁸.

Podemos decir, entonces, que hemos establecido y descrito aquellos elementos que nos parecen constituyen los ingredientes fundamentales del imaginario medieval, junto con algunos elementos más modernos de la cartografía. Como agente que inaugura el proceso de descubrimiento o develamiento de América, Cristóbal Colón encarna muchas de las características hasta ahora descritas, lo que lo convierte en el último viajero medieval. Podemos pasar ahora a describir y analizar estructuras más inmediatas y concretas que darán impulso al proceso de descubrimiento de tierras ultramarinas en los siglos XV y XVI. En resumen, estamos, de alguna forma, estableciendo tres niveles temporales para insertar nuestro fenómeno. En primer lugar un nivel estructural de larga duración que está constituido por elementos de la mentalidad del hombre del siglo XV. Estamos hablando de una mentalidad heredada tras siglos de irse forjando en una Europa cristiana, agraria, cerrada en sus fronteras; un segundo nivel de mediana duración, en que se insertan procesos más cortos pero generales. Son estructuras que varían de región en región, alcanzado tintes significativos en la Península Ibérica del siglo XV; por último, el nivel de los acontecimientos propiamente tal.

⁴⁸ Desde el minuto que una representación geográfica decide mostrar una zona y no otra ya es subjetiva. Sin embargo, no podemos negar que nuestra cultura moderna le pide al mapa claridad y precisión absolutas. Estos debieran conducirnos fácil y eficientemente al lugar que nos interesa. El mapa no debiera hacernos deambular en sus recorridos llevados al papel, sino rápidamente conducirnos en la orientación adecuada. Las palabras de Gombrich al respecto son orientadoras: "La misión de los mapas normalmente es impartir información sobre los aspectos más importantes de una zona, lo que significa que dejan a un lado "las apariencias". No hay mapas de Viena a la luz de la luna ni de los museos desenfocados. Ni sería bien acogido un mapa que provoca sensaciones visuales inesperadas tales como el parpadeo. Cuando manejamos un mapa, estamos atentos a la percepción verídica de lo que hay en el papel, y si no lo vemos bien lo acercamos a la luz o utilizamos una lupa. Hablamos de leer un mapa, y su requisito principal es que sea fácilmente legible en una sucesión de fijaciones. No debe haber interferencias de unos símbolos con otros y deben ser independientes como sea posible. Si esa diferenciación falla, su utilidad está en peligro", Gombrich, E.H., *La Imagen y el ojo. Nuevos Estudios sobre psicología de la representación pictórica*, Editorial Debate, Madrid, 2000, pág. 183.

II. EL IMPULSO AL PROCESO DE DESCUBRIMIENTO

Para comprender la hazaña colombina —y aquellas que le seguirían— es importante describir aquellas características que configuran el marco cultural de nuestro tema. Una vez desplegados aquellos aspectos más estructurales que dibujan la mentalidad del hombre del siglo XV y sus formas de adquirir y certificar sus conocimientos, surge la necesidad de explicar la coyuntura de mediano plazo que nos conduce luego al desarrollo de los acontecimientos posteriores. Ciertos avances geográficos y técnicos, junto al ejemplo de los navegantes portugueses en las costas de África, fueron condiciones y alicientes del viaje colombino y explican por qué los Reyes Católicos apostaron por la ruta occidental hacia las Indias. Estas características esclarecen asimismo, por qué el viaje colombino se inserta en un contexto mental propicio para la aventura ultramarina. Adelantos técnicos y actitudes que presagiaban el advenimiento de la modernidad, se enfrentarán, no obstante, a posturas conservadoras y tendientes a mirar la realidad a través de la tradición. Es este proceso de avances y retrocesos en un período de cambios críticos el que se perfila a través de la información y los capítulos que siguen.

1. ADELANTOS TÉCNICOS

a. Las embarcaciones

Los barcos que por mucho tiempo se utilizaron en el mar Mediterráneo, eran embarcaciones ajustadas a su fin y entorno geográfico. Se dedicaban al comercio entre puntos no muy distantes entre sí, y dentro de un mar cerrado y ya conocido desde tiempos remotos. Eran grandes y diseñados exclusivamente para transportar cargas pesadas. Las expediciones que se llevarían a cabo más allá del Mediterráneo requerirían, en cambio, de una infraestructura

que se acomodara a otros factores: distancias que podían derivar en tiempos de navegación más prolongados, unas costas diferentes y no conocidas hasta ese momento y un objetivo que se relacionaba más con la exploración y descubrimiento de nuevas tierras.

De ser un simple barco de pesca, la carabela mediterránea se convertiría en una embarcación destinada a afrontar los peligros e incógnitas de la navegación oceánica. El paso, no obstante, fue gradual: inicialmente la carabela era un navío de casco redondo con popa cuadrada y proa redondeada, provisto de puente en las unidades mayores. Generalmente poseía velas latinas, montadas sobre dos o tres palos. En las carabelas mayores, en cambio, había un cuarto palo. Hacia finales del siglo XV existían varios tipos de carabela, dependiendo de la utilidad que quisiera dársele, lo que habla de la enorme versatilidad de este tipo de embarcación. Para entrar y salir de los estuarios y para la exploración costera, por ejemplo, se construían carabelas de vela latina. Para salidas a mar abierto y con condiciones estables de viento, se optaba por la vela cuadrada que permitía navegar a mayor velocidad.

La navegación de las carabelas era acompañada por la de navíos similares como el valliner, el carabelón, la carraca y la nao.

De forma paralela al desarrollo de los navíos, se produjo una mejora en el conocimiento de los vientos y corrientes oceánicas. Esto, junto con la utilización de los instrumentos de medida, permitiría el nacimiento de la navegación de altura⁴⁹.

b. Instrumentos de medición

Las posibilidades de certeza respecto a las posiciones geográficas estaban íntimamente relacionadas con el desarrollo de la astronomía. Los progresos en este campo tuvieron su efecto práctico en el perfeccionamiento de los instrumentos de navegación tales como el astrolabio, el cuadrante y la cruz geométrica. El desarrollo de estos instrumentos permitía predeterminedar las posiciones diarias de los cuerpos celestes con una mayor precisión y compilar almanaques o tablas astronómicas más completas. Habría que agregar el desarrollo en la utilización de la brújula, que permitiría al marino hallar una dirección absoluta en cualquier lugar del globo sin tener que recurrir a complicados cálculos astronómicos y sin depender de las condiciones climáticas. La certeza que proporcionaba la aguja imantada sería un catalizador de la exploración, un estímulo nuevo hacia lo desconocido.

Estos conocimientos fueron otorgando las condiciones necesarias para pasar de una navegación costera a otra de tipo "astronómica", basada en el empleo de instrumentos de medida⁵⁰.

⁴⁹ Boorstin, Daniel J., *Los descubridores. Vol. I. El Tiempo y la Geografía*. Traducción de Susana Lijtmaer, Barcelona, 1986, pág. 221.

⁵⁰ Aznar Vallejo, Eduardo, *Viajes y Descubrimientos en la Edad Media*, Madrid, 1994, pág. 99.

c. Representaciones geográficas

Los mapamundi medievales con alto contenido ideológico, comenzaron a convivir y mezclarse con los mapas portulanos, los cuales se confeccionaban para representar una zona determinada y tenían fines prácticos: ayudar a los navegantes a encontrar sus caminos, asistirlos en la búsqueda de lugares recientemente descubiertos o hallar nuevos parajes desconocidos hasta entonces.

También aparecen mapas del mundo que no estaban diseñados por un incentivo ni fin práctico, sino que eran hechos para satisfacer la curiosidad de académicos y políticos y otros espíritus inquietos. Eran mapas que combinaban la fantasía tradicional con la adquisición de nuevos conocimientos surgidos de las exploraciones recientes, por lo que animaban a la discusión y especulación respecto a la naturaleza y características de otras partes del globo.

2. LOS PORTUGUESES EN EL ATLÁNTICO

Por su situación geográfica, los portugueses eran un pueblo que no estaba volcado al Mediterráneo. Portugal, naturalmente se enfocaba hacia el exterior, alejado de los centros tradicionales de la civilización europea. Al oeste los portugueses tenían un océano insondable y al sur, un continente que para los europeos era también una incógnita. Por esta razón, los esfuerzos por explorar el Atlántico y el continente africano serían de suma importancia para el desarrollo de los acontecimientos que nos interesan.

Los viajes de los portugueses alrededor de África y, según confiaban, hacia la India, estaban basados en ideas especulativas y arriesgadas, en rumores y sugerencias. Había que pasar por tierras extrañas y cargadas de mitologías populares. Sin embargo, estas expediciones portuguesas hacia tierras desconocidas, estaban apoyadas por un programa nacional progresivo, sistemático y gradual que posibilitó el avance efectivo por las costas africanas.

La primera barrera geográfica que había que romper en el proyecto de exploración costera del continente africano era el cabo Bojador, que provocaba verdadero pánico entre los marinos. El año 1434, bajo la promesa de una importante recompensa, el príncipe Enrique —apodado El Navegante—, convenció a Gil Eannes de emprender la empresa, la cual fue llevada a cabo con éxito. Una vez rota esta barrera, el príncipe mandó año tras año varias expediciones que se iban internando más y más en tierras incógnitas. Llegaron así los portugueses hasta Cabo Branco.

Hacia 1445 Dinis Dias dio la vuelta al Cabo Verde, el extremo occidental de África, dejando atrás la parte más estéril de este continente. Se había establecido ya un comercio considerable entre Portugal y la costa oeste de África. Hacia 1460, cuando el príncipe Enrique muere, el descubrimiento de la costa occidental de África estaba ya muy encaminado. La política de exploración sería retomada años más tarde por el rey Juan II, quien continuó

enviando expediciones de descubrimiento cada vez más lejos por la costa africana. El primer hito importante de estos nuevos bríos fue la expedición de Bartolomé Dias, quien logró llegar hasta el cabo de las Agujas, el extremo sur de África. No pudo, sin embargo, proseguir más allá, pues su tripulación se atemorizó ante mares desconocidos y la escasez de provisiones.

Después del descubrimiento de Dias se hubiera podido esperar una inmediata continuación de la empresa. No obstante, el paso siguiente fue demorado a causa de problemas internos en Portugal y por la continua disputa de esta nación con España. Sin embargo, el año 1499 Vasco de Gama coronaría esta empresa centenaria, llegando finalmente a la India, tras navegar por la costa del continente africano.

3. MOTIVOS QUE AYUDAN A EXPLICAR EL ANSIA DE EXPLORACIÓN

Tras esta breve revisión de algunos aspectos configuradores del mundo hacia el siglo XV y el estado de los conocimientos geográficos y náuticos que permiten comprender cómo fue posible llevar a cabo los viajes de descubrimiento, uno se pregunta qué es lo que conduce al europeo del siglo XV a salir de su entorno y aventurarse hacia tierras lejanas y desconocidas. Llama la atención que después de tantos años ligados a la vida dentro del continente, el europeo sienta la necesidad de emprender viajes hacia todos los confines de la tierra.

Según J.H. Parry, una de las principales razones que motiva a los europeos, especialmente a aquellos de la Península Ibérica, a aventurarse por los mares, fue el deseo de adquisición⁵¹. Adquisición de bienes materiales con el potencial de mejorar el nivel de vida y rango social del que se aventuraba.

Por entonces, una de las cosas que se deseaba adquirir era tierras. El que poseía tierras y hombres que las trabajasen tenía consigo una fuente importante de riqueza. Pero en Europa la división de los terrenos ya estaba hecha desde tiempos remotos, por lo que la única forma de obtenerlos era luchando por las armas o yéndose fuera de Europa para conseguirlos. Otra alternativa era quitárselas a gentes que se consideraran inferiores, ya sea matándolos o echándolos de sus posesiones. Esto es lo que *grosso modo* ocurrió en las islas Madeira y parte de las Canarias, donde europeos de origen humilde tuvieron la posibilidad de establecerse a costa de los aborígenes y con ayuda económica de las coronas de Castilla y Portugal. El éxito de este sistema creaba un precedente que se unía a los rumores de la existencia de otras islas en el Atlántico, lo que despertaba las fantasías y ambiciones de hombres ansiosos.

Otra forma de adquisición resultaba a través del comercio. Sin embargo, para los países de la Península Ibérica esto era un sueño difícil de alcanzar, puesto que el que reportaba

⁵¹ Parry, J.H., *The age of reconnaissance. Discovery, exploration and settlement 1450-1650*. University of California Press, Berkeley, Los Angeles y Londres, 1981, pág. 19.

mayores beneficios —el de las especies traídas de Oriente—, estaba completa y absolutamente en manos de genoveses y venecianos.

La más utilizada y preciada de las especies era la pimienta. Durante el siglo XV ésta era llevada a Europa desde la India Occidental. Otras especies valoradas eran la canela, que se traía de Ceilán y el clavo proveniente de las islas Malucas. El comercio directo y por tierra, del cual los europeos habían gozado durante el dominio mongol, finalizó con la llegada al poder de la dinastía china Ming. Estos nuevos poderosos de China cerraron sus fronteras al hombre occidental y clausuraron, de esta forma, cualquier vía terrestre de negocio y la posibilidad de Europa de contactarse con las culturas orientales que siempre habían llamado su atención.

Por esta razón, el comercio de las especies durante el siglo XV constaba de varias etapas, en que el último eslabón de esta compleja cadena estaba controlado por comerciantes genoveses y venecianos que se beneficiaban sobremanera de su control.

En el extremo oriente de esta cadena, el control comenzaba por los chinos, quienes recolectaban el clavo y la nuez moscada de las Indias orientales y las mandaban al puerto de Malaca para venderlas. Desde aquí hasta la India, el comercio estaba en manos de musulmanes. Una vez en la India, la mercancía que venía del lejano oriente, junto con la canela procedente de Ceilán y la pimienta de la propia India, se vendía en los puertos de Calcuta, Cochín, Canagore y Goa. Desde aquí, los barcos partían hacia Persia, Arabia y África del este. Había luego dos rutas alternativas para pasar del Océano Índico al mar mediterráneo: una era desde Arden subiendo por el mar Rojo y llegando hasta El Cairo y de ahí a Alejandría. La otra ruta era desde Ormuz, adentrándose por el río y luego utilizando camellos hasta llegar a Bagdad o a Damasco, o incluso atravesando Asia Menor hasta Constantinopla. A Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Trípoli, Damasco o Beirut, llegaban los barcos italianos a cargarse de sedas y especies que transportaban luego a Génova y Venecia para comerciar.

Como se puede apreciar, la cadena de abastecimiento de especies y sedas era bastante larga y compleja, lo que encarecía en forma desmedida los costos finales de los productos. La caída de Constantinopla en manos de los turcos en 1453 constituiría un duro golpe a esta cadena que funcionaba si todas las piezas del engranaje estaban en buen estado. Con este hecho no terminaba el comercio, pero sí cambiaba de dimensiones y los productos se encarecían aún más. Para agregar más calamidades, las repúblicas italianas sufrieron varias invasiones desde el norte, lo cual afectaría asimismo al comercio con Oriente.

No es extraño, entonces, que desde muy temprano, los peninsulares españoles y portugueses soñaran con una vía alternativa para llegar a aquel Oriente tanpreciado. Para Eduardo Aznar Vallejo, la búsqueda de una nueva ruta hacia Oriente constituye el factor decisivo en la expansión europea del último cuarto del siglo XV⁵².

⁵² Aznar Vallejo, Eduardo, *Op.Cit.*, pág. 65.

Asimismo, la búsqueda de esta nueva ruta se relacionaba con el afán europeo del hallazgo de oro. El oro se asociaba a la riqueza y el poder y su posesión parecía asegurar la posibilidad de bienestar tanto como la superioridad sobre el otro. Los relatos medievales proliferaban en noticias de tierras orientales ricas en oro, donde los palacios de los reyes eran enteros contruidos en este metal. Los lectores fascinados, soñaban con ir al encuentro de estas riquezas. El mismo Marco Polo, que tanta influencia tendría en las voluntades de los descubridores del siglo XV, había llenado sus páginas con descripciones de riquezas en las que el oro tenía un rol preponderante.

Las riquezas asociadas a Oriente encantaron a Colón y fueron un aliciente fundamental en su empresa atlántica. Si leemos las fuentes colombinas llama la atención la importancia atribuida al encuentro de este preciado mineral.

El hallazgo de oro y de plata colmaba también una particular necesidad europea. Las reservas de minerales de la Europa medieval, fluctuaban en una complicada alternancia entre Europa y Asia y llegaron a acusar una escasez en las regiones mediterráneas a finales del siglo XV⁵³. Esta situación ayuda también a explicar la necesidad puntual de finales de la Edad Media de encontrar metales.

Otro motivo que lleva a esta era de exploraciones europeas es el celo religioso cristiano para aquel entonces. Tanto la intención de convertir al infiel como el deseo de la Cristiandad occidental de lograr un dominio político y religioso universal, eran dos móviles importantes a la hora de luchar contra el infiel y el querer someterlo a los dominios de la esfera occidental. En un mundo imbuido del espíritu religioso y sensible al mandato divino de propagar la fe por todos los rincones del orbe, muchos europeos veían en las expediciones ultramarinas una oportunidad de cumplir con la misión evangélica.

Además de motivos, podemos señalar, según J.H. Parry, actitudes mentales propicias del proceso de exploraciones y descubrimientos. Parry habla de una curiosidad creciente⁵⁴ que caracterizaría a la sociedad europea de finales del siglo XV. J.H. Elliott también cree en la alta ponderación de este factor mental y anímico: "Todo el movimiento europeo de exploración y de descubrimiento estaba informado por este deseo de ver y de conocer"⁵⁵.

Esta curiosidad creciente se manifiesta en la pasión por la lectura de los textos clásicos, tanto de parte de los eruditos como de nobles y mecenas. La geografía y cosmografía eran dos importantes áreas donde la curiosidad de los hombres del Renacimiento volcó sus ansias. Al mismo tiempo, ellas se vieron favorecidas y enriquecidas con los frutos que esta curiosidad tradujo en adelantos técnicos. Entre estos últimos, quizás el más importante fue la aparición de la imprenta, que ayudó a la difusión de todo tipo de conocimientos, entre los que destacamos los manuales de navegación y noticias interesantes de tierras y personajes lejanos que avivaban la imaginación de los contemporáneos.

⁵³ Elliott, John H., *El Viejo Mundo y el Nuevo*. 1492-1650, pág. 78.

⁵⁴ "Growing curiosity", en Parry, J.H., Op.Cit., pág. 34.

⁵⁵ Elliott, John H., Op.Cit., pág. 44.

Por último, no podemos dejar de mencionar otro motivo que explica el ansia de exploración: muchos hombres del siglo XV poseían un espíritu netamente idealista, un afán de aventuras y de demostrar el valor personal⁵⁶. Varios habían crecido escuchando de las aventuras de caballeros que deambulaban haciendo justicia y luchando contra enemigos de la civilización y la Cristiandad. Soñaban con emular a estos héroes medievales.

Todos estos factores de mediano plazo se conjugan con la mentalidad medieval antes descrita. En distinta proporción influirán en las diversas experiencias europeas en América y la forma en que éstas dejarán un registro escrito y visual. En el caso de Colón, el ejemplo de los portugueses y su amplia experiencia marítima y conocimiento cartográfico influirán en la seguridad con que defenderá sus ideas. El haber crecido en una Europa religiosamente militante determinará sus argumentaciones para convencer a los Reyes Católicos y la forma en que describa luego su experiencia en el Nuevo Mundo. Para mantener el entusiasmo de los monarcas en estas expediciones hacia lo desconocido, había que utilizar el discurso de la posibilidad de expandir la religión, junto con las eventuales riquezas y nuevas tierras que esto podría acarrear. Para mantener el entusiasmo de la tripulación, había que apelar al discurso de las riquezas, pero también al espíritu heroico que animaba a muchos. Como se ve, no podemos hablar de un solo móvil de acción y de un solo discurso resultante, tanto en las crónicas como en las imágenes visuales resultantes, porque muchos factores se conjugaban en este proceso.

⁵⁶ López Piñero, José María, *El arte de navegar en la España del Renacimiento*, España, pág. 19.